

Una noche de velación

PIURA, 2.- En los últimos días, más de un empleador autorizó a algunos de sus trabajadores para que cumplan con la sagrada promesa de velar a sus difuntos. El permiso fue concedido bien con tiempo, para preparar tumbas y nichos de diversos parientes, bien esta mañana, para que puedan visitar a sus difuntos, o bien para dormir, tras acompañarlos toda la noche.

Incluso muchos colegios no tuvieron clases hoy por la misma razón. Las velaciones -que en la zona urbana siguen a las serenatas criollas y los juveniles 'halloween'- son una 'fiesta de guardar' en esta región.

"Si una noche al año es todo lo que nos piden, cómo no vamos a acompañarlos", nos dice con apacible afecto una señora mayor, que cada año hace un verdadero peregrinaje entre el Medio Piura y los cementerios de Catacaos y La Arena para acompañar a sus padres y abuelita. La encontramos sentada y silen-

ciosa al lado de su nieto, cuidando muy atentos que el viento no apague las velas.

A las antiguas tumbas de los cementerios del Bajo Piura no llegan las conexiones eléctricas. Entre una oscura confusión de viejas cruces, todas muy juntas entre sí, apenas se vislumbra la tenue luz de algunas velas y el leve reflejo de silenciosos deudos, que cumplen puntualmente la promesa hecha en vida. ¿Y porqué tan solo? preguntamos a un señor meditabundo, vestido de oscuro, que velaba en Catacaos a su abuelita, muerta en 1925. "Ha venido toda la familia, pero nos hemos repartido entre varias tumbas con mi esposa y mis hijos. Más de madrugada, me voy al Tablazo de La Unión", dice.

En Catacaos, el ruidoso generador eléctrico acalla los acordes del popular grupo 'Armonía Diez', que llegó desde Piura para amenizar una fiesta juvenil muy cerca al cementerio. Cosas de es-

tos tiempos. Tampoco nos deja oír el solitario llanto de una mujer que en la penumbra gime ante una tumba antigua, ni los gritos nerviosos de unos niños que juegan a asustarse corriendo entre las cruces.

Mientras el camposanto catacuense está abarrotado desde tempranas horas de la noche y se ve rutilante, con una luz esplendorosa -mejor que en Piura-, en La Arena y pueblos aledaños, donde la población es mayormente rural, la gente empieza a llegar desde sus chacras hacia las tres de la madrugada y se queda hasta que amanezca o hasta el mediodía siguiente.

Preceden a los cementerios de Catacaos y La Arena las imágenes más veneradas, que allí recolectan limosnas, al lado de las vivanderas, floristas y vendedores de velas. El venerado 'ladrón bueno' San Dimas, uno de los más populares del Bajo Piura, tiene, como siempre, un lugar preferencial.



PIURA.- Las 'roscas de muerto' son uno de los deliciosos dulces del Día de los Difuntos que se venden en panaderías y puestos ambulantes ubicados en los alrededores de los cementerios.



CATACAOS.- En medio de un intenso olor a flores, que eleva el espíritu, los deudos rezan y cantan a sus parientes fallecidos, compartiendo el emotivo encuentro familiar, incluso con vecinos y amigos, pues no es difícil encontrarse con conocidos en el cementerio. Los cuarteles lucen iluminados, a excepción de los cuarteles de 'angelitos', aquéllos que murieron siendo niños, a quienes se 'corona' con flores durante el uno de noviembre.

Costumbre con raíces prehispánicas

PIURA.- La investigadora francesa Anne Marie Hocquenghem, en su ensayo sobre 'Velaciones andinas en el Bajo Piura' escrito en 1986, refiere que la costumbre citadina de colocar a los muertos en nichos que forman cuarteles de hasta cinco pisos, data de los años 50.

Tras recorrer los cementerios del Bajo Piura, señala que pese a la modernidad, muchos pobladores prefieren las tumbas, enterrarse bajo tierra, donde uno se vuelve polvo, se mezcla a la tierra y cerca de las cuales es más fácil reunirse para velar.

También destaca la costumbre de dar de comer a los 'angelitos', la tarde del uno de noviembre, donde las madres que perdieron un niño se reúnen en la plaza y regalan miel, panecillos y dulces a los niños pequeños, en conmovedoras escenas.

A los angelitos y a los difuntos frescos de menos de un año no se les vela en el cementerio 'quizá porque los primeros no llegaron a reproducirse, a echar raíces en este mundo y los segundos, porque no han echado raíces en el otro mundo'.

Indica que la costumbre de llevar frutas, miel y panecillos en los días de difuntos es similar a todos los cementerios del sur del Perú, norte de Argentina y Chile así como Bolivia.

Sobre el origen de las velaciones, cita a cronistas como Guamán Poma de Ayala, Avila, Molina, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes recogen tradiciones de los indios en el mes de difuntos.

'Esta costumbre no es de origen español, como dicen los Huarochirí, era una costumbre indígena que para seguirla celebrando se mezcló con la celebración cristiana de Todos los Santos', señala.

Se remonta incluso a la iconografía mochica y a los ritos para invocar y agradecer la lluvia, pues noviembre marca el fin de la estación seca. 'Los ancestros individuales y comunes son los intermediarios entre los hombres y sus orígenes, mantenerlos vivos rindiéndoles el debido culto, sea en la tradición cristiana con misas y rezos, es mantener el lazo con la fuente de vida, sostiene.